

Philippe ARIÉS, *Morir en occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*, trad. Víctor Goldstein, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2007. ISBN-13: 978-987-9396-38-4. 270 pp.

Con esta obra la editorial Adriana Hidalgo vierte en lengua española en la colección de “Filosofía e Historia” el conocido libro francés de Philippe Ariés cuyo contenido es una serie de reflexiones acerca de los cambios de cosmovisiones respecto de la imagen de la muerte en la historia de occidente.

El autor pasa revista a una serie de documentos de distintas épocas con el fin de esclarecer las diferencias respecto de la actitud del moribundo ante la muerte. Sin embargo, se percibe la reducción de las fuentes a la documentación moderna y contemporánea de los estudios de casos en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Los escritos son principalmente literarios, aunque de manera esporádica recurre a la opinión establecida en algunos ensayos de tipo filosófico. La intención de Ariés es mostrar cómo diferentes ideologías epocales entrelazadas con rituales occidentales, a veces católicos, a veces protestantes, fluctúan el devenir de los diferentes períodos por los que el imaginario popular ha entendido como el modo adecuado de enfrentar la muerte.

De este modo, el libro presenta un prefacio y una única división cuya primera parte titulada *Actitudes ante la muerte* consiste en un comentario de índole diacrónico a partir del cual intenta establecer determinados hitos sin los cuales, a su juicio, no se comprenden rigurosamente los giros de la historia de la muerte en su nueva dirección. Así lo muestra con claridad a lo largo de los capítulos cuando opone el modo de morir en los siglos XII-XIII a los siglos XVII-XVIII. Por un lado, la familiaridad de la muerte, el consuelo espiritual y el entierro alrededor de los santos en las mismas ciudades cuyo marco de comprensión es la Iglesia. Por el otro, aparece una determinada rebelión contra estas diferentes formas de visión sacra instaurando cierta familiaridad entre la belleza de la muerte y los apetitos sexuales. A

su vez, los siglos intermedios muestran a modo de puente la progresiva individualización del ser humano, y la consiguiente aparición del juicio individual en donde Dios y la corte celestial y el demonio junto a sus secuaces reclaman el alma del moribundo.

No es posible dejar de mencionar que el fin de esta peculiar historia es introducir al lector en un horizonte de comprensión más amplio a partir del cual pueda sopesar y juzgar la conducta actual que sostiene el hombre en esta temática, es decir, la muerte y sus diversos ritos. Para ello el quicio que desvía abruptamente tal historia se encuentra enclavado en el imaginario procedimental del siglo XVIII. Basta mencionar como cuestión manifiesta la pérdida de sentido de los ritos fúnebres y el origen de una visión utilitarista que entiende a la muerte como un negocio altamente lucrativo en oposición a la visión sobrenatural y trascendente. Sin embargo, no es ésta la única piedra de escándalo que nos llevará a comprender la agonía y la indiferencia en la contemporaneidad en relación al modo del fallecer actual. Este quiebre con la tradición, a su vez, se agudiza en el siglo siguiente. El siglo XIX se caracteriza por un sincretismo en donde la laicidad se convierte en una especie de hálito que enajena de su sentido primigenio las obras arquitectónicas de la baja Edad Media y del Renacimiento, lo cual exalta una suerte de romanticismo fúnebre.

Sin embargo, ello no está exento de ciertas contradicciones, pues la muerte tiende a ocultarse y a desaparecer, y así se vuelve vergonzosa y un objeto de censura. Desaparece aquello que tenía de familiar y se transforma en algo que provoca o bien horror, o bien una fría indiferencia. De fondo, en ambas cuestiones aparece la misma actitud: la vida es bella y plena de felicidad la cual nada tiene que ver con la muerte.

Un cambio del sentido de la imagen del fallecer que se ha agudizado en el siglo XX está claramente manifestado en la importancia de los hospitales. En efecto, según el autor, los hospitales se vuelven centros en los cuales los hombres se dirigen para morir. La muerte es un malestar que irrumpe la felicidad y debe ser, en consecuencia, desplazada de la vida familiar y so-

cial. Se muere a solas, sin familia. La indiferencia se tapa con el auge del sexo, y una cierta frialdad extrema cubre toda sociedad conllevando invariablemente la muerte de la cultura occidental. Se toman en consecuencia dos actitudes: una, el embalsamamiento de cadáveres; la otra, la cremación. Ambas son dos formas distintas de romper con la tradición. El origen de esta ruptura geográficamente lo hallamos en Francia, las Islas Británicas y en los Estados Unidos.

La segunda sección del libro, titulada *Itinerarios*, está destinada al estudio particular de algunos ensayos literarios, que nuevamente comienzan desde la Edad Media y se detienen en el siglo XX. Dicha parte consta de once reflexiones y las mismas tratan de destacar algunas modalidades epocales como el caso de los funerales públicos y pomposos con la presencia de órdenes mendicantes, el cortejo fúnebre de lloronas oficiales, las misas y oficios frecuentes, el testamento escrito, el testamento oral, las tumbas artísticas, y las tumbas sencillas como simple representación del deber patriótico. O bien, las relaciones con el erotismo macabro y mórbido, la belleza cadavérica, los desnudos y la manipulación científica de los cuerpos; o simplemente el horror a la muerte concebida como bestia salvaje e incomprensible.

Finalmente la obra agrega a estas dos secciones generales una breve reflexión que oficia de conclusión, la cual está incluida en la segunda parte del texto. Su extensión es pobre en relación a la totalidad de la obra y en relación al título que lleva, a saber: *Inconsciente colectivo e ideas claras*.

En suma, se trata de una obra que consta de algunas perspectivas originales. Sin embargo, a nuestro entender, el texto presenta la carencia de estudios filosófico-científicos acerca de la razón de ser del modo de comprender los diferentes comportamientos tanto de los moribundos como de la sociedad. Mas, no por ello deja de ser una obra relativamente valiosa por la cuestión abordada.

JOSÉ MARÍA FELIPE MENDOZA